

Emil Cioran

ESE  
MALDITO  
YO

Biblioteca Emil Cioran

TUSQUETS  
EDITORES



Emil Cioran  
ESE MALDITO YO

Traducción de Rafael Panizo

TUSQUETS  
EDITORES

## Índice

Al margen de la existencia .....	9
Taras .....	39
Magia de la Decepción .....	57
Frente a los instantes .....	89
Exasperaciones.....	113
Esa nefasta clarividencia .....	143
<i>Nota del editor</i> .....	171

# Al margen de la existencia

Cuando Cristo descendió a los infiernos, los justos de la antigua ley, Abel, Enoch, Noé, desconfiaron de su enseñanza y no respondieron a su llamada. Creyeron que era un emisario del Tentador, cuyas trampas temían. Solo Caín y los de su especie se adhirieron a su doctrina o fingieron hacerlo, solo ellos le siguieron y abandonaron con él los infiernos. —Esto es lo que enseñaba Marción.

«La felicidad del malvado», esa vieja objeción contra la idea de un Creador misericordioso o al menos honorable, ¿quién la ha consolidado mejor que aquel heresiarca? ¿Quién además de él ha percibido con semejante agudeza lo que tiene de invencible?

Paleontólogo circunstancial, pasé varios meses dándole vueltas en la cabeza al tema del esqueleto. Resultado: apenas algunas páginas... El tema, es cierto, no incitaba a la prolijidad.

Aplicar el mismo tratamiento a un poeta y a un pensador me parece una falta de gusto. Hay materias que los filósofos no deberían tocar. Desarticular un poema como se desarticula un sistema es un delito, por no decir un sacrilegio.

Cosa curiosa: los poetas exultan cuando no comprenden lo que se dice sobre ellos. La jerga les halaga y les produce la ilusión de un ascenso. Semejante debilidad los rebaja al nivel de sus glosadores.

La nada, para el budismo (a decir verdad, para Oriente en general), no implica la significación siniestra que nosotros le damos. Se confunde, por el contrario, con una experiencia extrema de la luz, o, si se prefiere, con un estado de eterna ausencia luminosa, de vacío radiante: es el ser que ha superado todas sus propiedades, o más bien un no-ser extremadamente positivo que dispensa una dicha sin materia, sin substrato, sin ninguna base en mundo alguno.

Tanto me colma la soledad que la mínima cita me resulta una crucifixión.

La filosofía hindú persigue la liberación; la griega, a excepción de Pirrón, Epicuro y algunos inclasificables, es decepcionante: no busca más que la... verdad.

Se ha comparado el nirvana con un espejo que no reflejaría ya ningún objeto. Es decir, con un espejo puro para siempre, para siempre deshabitado.

Cristo llamó a Satán «Príncipe de este mundo»; san Pablo, queriendo ir más lejos, daría en el clavo llamándole «dios de este mundo».

Cuando semejantes autoridades designan por su nombre a quien nos gobierna, ¿tenemos nosotros derecho a jugar a los desgraciados?

El hombre es libre, salvo en lo que posee de más profundo. En la superficie, hace lo que quiere; en sus capas más oscuras, «voluntad» es un vocablo carente de sentido.

Para neutralizar a los envidiosos, deberíamos salir a la calle con muletas. Únicamente el espectáculo de nuestra degradación humaniza algo a nuestros amigos y a nuestros enemigos.

Con razón en cada época se cree asistir a la desaparición de los últimos rastros del Paraíso terrestre.

Sobre Cristo aún. Según un relato gnóstico, ascendió a los cielos por odio del *fatum*, para impedir, alterando la disposición de las esferas, que pudiera leerse en los astros.

En semejante jaleo, ¿qué ha podido sucederle a mi pobre estrella?

Un obispo africano me ha contado que en su país se compraba un transistor con una cabra.

Este simple hecho basta para sumirnos en un delirio de aniquilamiento.

Kant esperó a la vejez para darse cuenta de los lados sombríos de la existencia y señalar «el fracaso de toda teodicea racional».

...Otros, más afortunados, se dieron cuenta de ello antes incluso de comenzar a filosofar.

Se diría que la materia, celosa de la vida, se dedica a espiarla para encontrar sus puntos flacos y castigarla por sus iniciativas y sus traiciones. Pues la

vida no es vida más que por infidelidad a la materia.

Yo soy diferente de todas mis sensaciones. No logro comprender cómo. No logro ni siquiera comprender *quién* las experimenta. Y por cierto, ¿quién es ese *yo* del comienzo de mi proposición?

Acabo de hojear una biografía. La idea de que todos los personajes que en ella son evocados solo existen ya en ese libro me ha parecido tan insostenible que he tenido que acostarme para evitar un desfallecimiento.

¿Con qué derecho me echa usted en cara mis verdades? Se permite usted una libertad que yo rechazo. Todo lo que alega es exacto, lo reconozco. Pero no le he autorizado a ser franco conmigo. —(Tras cada explosión de furor, vergüenza acompañada del invariable pavoneo: «Eso es una demostración de carácter», seguido, a su vez, de una vergüenza aún mayor.)

«Soy un cobarde, no puedo soportar el sufrimiento de ser feliz.»

Para calar a alguien, para *conocerlo* realmente, me basta ver cómo reacciona a estas palabras de Keats. Si no comprende inmediatamente, inútil continuar.

«Me sorprende que un hombre tan extraordinario haya podido morir», escribí a la viuda de un filósofo. Solo me di cuenta de la estupidez de mi carta tras haberla enviado. Mandarle otra hubiera sido arriesgarme a una segunda sandez. Tratándose de pésames, todo lo que no es cliché raya en la inconveniencia o la aberración.

Siendo el hombre un animal enfermizo, cualquiera de sus palabras o de sus gestos equivale a un *síntoma*.

Septuagenaria, Lady Montague confesaba haber dejado de mirarse en el espejo desde hacía once años.

¿Excentricidad? Quizá, pero únicamente para aquellos que ignoran el calvario del encuentro cotidiano con su propia jeta.

No puedo hablar más que de lo que experimento; ahora bien, en este momento no experimento nada. Todo me parece anulado, todo se halla detenido para

mí. Intento no amargarme ni vanagloriarme por ello. «En el transcurso de las numerosas vidas que hemos vivido», se lee en *El tesoro de la verdadera ley*, «¡cuántas veces hemos nacido en vano, muerto en vano!»

El mejor medio de desembarazarse de un enemigo es hablar bien de él por todas partes. Acabará enterándose y dejará de tener la fuerza necesaria para perjudicarnos: le habremos roto su resorte... Seguirá atacándonos, pero ya sin vigor ni consecuencias, pues inconscientemente habrá dejado de odiarnos. Ha sido vencido e ignora al mismo tiempo su derrota.

Cuanto más avance el hombre, menos encontrará *a qué* convertirse.

Es conocido el ucuse de Claudel: «Estoy con todos los Júpiter contra todos los Prometeos».

Por mucho que hayamos perdido toda ilusión sobre la revuelta, semejante enormidad despierta al terrorista que duerme en nosotros.

No guardamos rencor a quienes hemos insultado; estamos, por el contrario, dispuestos a reconocerles to-

dos los méritos imaginables. Desgraciadamente, esta generosidad no se halla nunca en el insultado.

Quienes prescinden totalmente del Pecado original apenas me interesan. Por lo que a mí respecta, recorro a él en toda circunstancia y no veo cómo podría evitar sin él una consternación ininterrumpida.

Kandinski afirma que el *amarillo* es el color de la vida.

...Se comprende ahora por qué ese color hace tanto daño a los ojos.

Cuando se debe tomar una decisión capital, nada hay más peligroso que consultar con los demás, dado que, salvo algunos extraviados, nadie desea sinceramente nuestro bien.

Inventar palabras nuevas sería, según Madame de Staël, el «síntoma más seguro de la esterilidad de las ideas». La observación parece más justa hoy que al principio del siglo pasado. Ya en 1649 Vaugelas había decretado: «A nadie le está permitido crear nuevas palabras, ni siquiera al soberano».

Que los filósofos, más aún que los escritores, mediten sobre esta prohibición antes incluso de ponerse a pensar.

Se aprende más en una noche en vela que en un año de sueño. Lo cual equivale a decir que una paliza es mucho más instructiva que una siesta.

Los dolores de oídos que padecía Swift son en parte la causa de su misantropía.

Si las enfermedades de los demás me interesan tanto, es para hallarme inmediatamente puntos comunes con ellos. A veces tengo la impresión de haber compartido todos los suplicios de aquellos a quienes he admirado.

Esta mañana, tras haber oído a un astrónomo hablar de *miles de millones de soles*, he renunciado a asearme: ¿para qué seguir lavándose?

El tedio es una forma de ansiedad, pero de una ansiedad depurada de miedo. Cuando nos aburrimos no tememos, en efecto, nada, salvo el aburrimiento mismo.

Todo aquel que ha soportado una adversidad mira por encima del hombro a quienes no la han padecido. La insoportable infatuación de los operados...

En la exposición «París-Moscú», sobrecogimiento ante el retrato de Remizov de joven, pintado por Iliá Repin. Cuando le conocí, Remizov tenía ochenta y seis años: vivía en un piso casi vacío que quería para su hija la portera de la casa, la cual hacía todo lo posible para echarlo de él, pretextando que era un foco de infección, un nido de ratas. El escritor que Pasternak consideraba como el mejor estilista ruso había llegado a esos extremos. El contraste entre el anciano ajado, miserable, olvidado por todo el mundo, y la imagen del joven brillante que estaba viendo, me quitó completamente las ganas de visitar el resto de la exposición.

Los antiguos desconfiaban del éxito porque temían la envidia de los dioses, pero también el peligro del desequilibrio interior causado por cualquier éxito como tal. ¡Qué superioridad sobre nosotros demuestra el haber comprendido ese peligro!

Es imposible pasar noches en vela y ejercer un oficio: si en mi juventud mis padres no hubieran *financiado* mis insomnios, me habría seguramente liquidado.

Sainte-Beuve escribía en 1849 que la juventud abandonaba el mal romántico para soñar, siguiendo el ejemplo de los seguidores de Saint-Simon, con el «triumfo ilimitado de la industria».

Ese sueño, plenamente realizado, desacredita todas nuestras empresas y la idea misma de *esperanza*.

¡Si supieran los hijos que no he querido tener la felicidad que me deben!

Mientras el dentista me machacaba las mandíbulas, yo me decía que el Tiempo era el único tema sobre el que se debería meditar, que Él era la causa de que me encontrase sobre aquel sillón fatal y de que todo crujiere, incluido el resto de mis dientes.

Si he desconfiado siempre de Freud, la culpa la tiene mi padre: él contaba sus sueños a mi madre, aguándome así todas las mañanas.

Siendo el gusto por el mal innato, no tenemos ninguna necesidad de fatigarnos para adquirirlo. ¡Con qué habilidad el niño ejerce de entrada sus malos instintos, con qué competencia, con qué furia!

Una pedagogía digna de ese nombre debería prever cursillos de camisa de fuerza. Habría quizá que extender, más allá de la infancia, esta medida a todas las edades, por el bien de la comunidad.

Pobre del escritor que no cultive su megalomanía, que la vea menguar sin reaccionar Pronto se dará cuenta de que uno no se vuelve *normal* impunemente.

Víctima yo de una angustia que no sabía cómo quitarme de encima, llaman a la puerta. Abro. Era una señora de cierta edad a la que no esperaba en absoluto. Durante tres horas me martirizó con tales necedades que mi angustia se transformó en cólera. Estaba salvado.

La tiranía destruye o fortalece al individuo, la libertad lo debilita y lo convierte en un fante. El hombre tiene más posibilidades de salvarse a través del infierno que del paraíso.

Dos amigas, actrices en un país del Este. Una de ellas se instala en Occidente, donde se hace rica y célebre; la otra permanece en su país, desconocida y pobre. Medio siglo después, esta última va a ver a su afortunada compañera. «Era mucho más grande que yo, me sacaba la cabeza, y ahora está encogida y paralizada.» Tras contarme otros detalles, me dice a guisa de conclusión: «Yo no tengo miedo de la muerte, yo tengo miedo de la muerte en vida».

Nada mejor para disimular una revancha tardía que el recurso a la reflexión filosófica.

Fragmentos, pensamientos fugitivos, decís. ¿Se les puede llamar *fugitivos* cuando se trata de obsesiones, es decir, de pensamientos cuya característica principal es justamente no *huir*?

Acababa de escribir una carta muy moderada, muy como es debido a alguien que no lo merecía en absoluto. Antes de enviarla, añadí algunas alusiones impregnadas de una vaga amargura. En el mismo momento en que echaba la carta, sentí que la rabia me invadía y con ella un desprecio por mi arrebato noble, por mi deplorable acceso de *distinción*.

Cementerio de Picpus. Un joven y una señora ajada. El guardián les explica que el cementerio está reservado a los descendientes de los guillotinado. La señora interviene:

—*¡Nosotros lo somos!*

¡De qué manera lo dijo! Después de todo, es posible que fuese cierto. Pero su tono provocativo me inclinó inmediatamente del lado del verdugo.

Abriendo en una librería los *Sermones* del Maestro Eckhart, leo que el sufrimiento es intolerable para quien sufre por sí mismo, pero que es ligero para quien sufre por Dios, porque en ese caso es Dios quien lleva la carga, aunque esta contenga el sufrimiento de todos los hombres.

Si he caído sobre ese pasaje, no ha sido por casualidad, dado lo bien que se aplica a quien nunca podrá descargar sobre nadie todo lo que pesa sobre él.

Según la Cábala, Dios permite que su esplendor disminuya para que los ángeles y los hombres puedan soportarlo. Lo cual equivale a decir que la Creación coincide con un debilitamiento de la claridad divina, con un esfuerzo hacia la sombra que el Creador ha consentido. La hipótesis del oscurecimiento voluntario de Dios tiene el mérito de abrirnos a nuestras

propias tinieblas, responsables de nuestra irreceptividad a cierta luz.

Lo ideal sería poder repetirse como... Bach.

Aridez grandiosa, sobrenatural: es como si comenzase para mí una segunda existencia sobre otro planeta en el que la palabra fuese desconocida, en un universo reacto al lenguaje e incapaz de crearse uno.

No se habita un país, se habita una lengua. Una patria es eso y nada más.

Tras haber leído en un libro de inspiración psicoanalítica que Aristóteles, de joven, había envidiado seguramente a Filipo, padre de Alejandro Magno, su futuro alumno, resulta imposible no pensar que un sistema que pretende ser una terapéutica, y en el que se hacen semejantes conjeturas, no puede sino ser sospechoso, pues *inventa* secretos por el placer de inventar explicaciones y curaciones.